

Selena

*La orquesta del mundo
de las nieblas*



La Casa



Capítulo 3



Dedicado a H el ene Grimaud
Stéphane MEER, 16 abril 2007

La Casa



Helena estaba ahora en su casa. había pasado la verja de la portada con su chirrido habitual, cruzado el jardín y sus arbustos, cuyas hierbas eran altas y amarillentas. Eso parecía mas a una pequeña prolongación organizada del bosque que a un trabajo de jardinero. La casa no era tampoco un gran modelo de limpieza, algunas tejas estaban deterioradas, las pinturas demasiado viejas, la hiedra trepaba por algunas paredes hasta los canalones obstruidos por hojas acumuladas a lo largo de las tempestades.

En el interior reinaba una suave temperatura. Aislada por paredes de piedra espesas, la casa estaba calentada por una chimenea central. Helena se había ocupado de su abuelo, sentado en su sillón cerca de la chimenea, y había subido al primer piso.

había dejado rápidamente sus cosas en su habitación, impaciente por su cita con el piano. Era un gran piano de concierto, instalado en posición dominante en la mayor pieza del piso. Alrededor suyo, las sillas y los pupitres en los cuales estaban unas partituras. La luz del crepúsculo entraba por una pequeña ventana que aportaba su iluminación por encima del hombro de la pianista, levemente de lado para no hacer sombra en la partitura. Esta pieza era propicia a la concentración, al recogimiento, verdadero lugar de celebración del culto de la grande música eterna, mas grande que los hombres y capaz de elevar las almas hacia lo divino.

Helena puso la partitura en el pupitre, se sentó en el asiento de terciopelo, y cerro los ojos.

Era la característica de los artistas más grandes de oír siempre antes de jugar. Interiormente escuchaba toda la partitura, representándose cada tonalidad por colores, cada matiz por un peso comparable a un animal, como el ave, el león o el elefante. Su padre, Victorio Canta, director de orquesta formidable, le había enseñado el arte a interiorizar la música, a separarla de las coacciones mecánicas del instrumento. La partitura no debía depender de un instrumento de metal y de madera, debía venir del alma del músico quien luego imponía a su instrumento de transmitir el reflejo más exacto posible de su visión interior. Cuando puso por fin sus dedos sobre el teclado, estaba lista, la imagen de la música

era clara y precisa, y su exigencia despiadada hacia su magnífico instrumento. Era un apaciguamiento inmenso. La sensación súbita de dejar el mundo real. De flotar en un semi-sueño donde todo era posible. Donde todo era emoción. Belleza y absoluto. Un mundo de amor donde la violencia puede ser bella, y las disonancias resolverse en armonía, un poco como un mundo salvaje sin los hombres, donde el equilibrio sería ley.

¡ Precipitadamente, se paró, algo no iba, algo no iba! ¡ Se levantó como movida por un resorte y se fue a su habitación(cámara), algo no iba! La disposición de los muebles le pareció de repente insoportable, la cómoda no estaba en el centro, la agarró y la empujó con todas sus fuerzas hacia la izquierda. Retrocedió...demasiado a la izquierda !La repuso un poco más a la derecha, hasta que estuviera bien en el centro de la pieza. Encima del lavabo, de los cepillos, de los vasos, de los tubos, no estaban alineados de modo simétrico. Helena pasó tiempo buscando la mejor combinación posible, probó múltiples posibilidades, y luego fue hacia el guardarropa, lo abrió y comprobó con horror que las pilas de ropa no estaban alineadas en altura. Algunas eran más altas, otras sobrepasaban lateralmente el centro de la estantería, apoyándose sobre el espacio de la columna adyacente. ¿ Era intolerable, insoportable, cómo podía seguir tocando música cuando el caos y la anarquía reinaban en su habitación? Tomó el tiempo para equilibrar bien cada montón, en altura y en anchura, y fue cuando un drama se produjo; ¡ después de haber cerrado la puerta del guardarropa, se dio cuenta que una pila de ropa había quedado en desorden en una silla... había que hacer todo de nuevo! Helena se derrumbó en lágrimas sobre su cama, era demasiado para ella, y sus padres que no estaban más allí, sus obsesiones, las voces que oía, las burlas del instituto, era demasiado injusto, se sentía demasiado sola, demasiado débil, incapaz de lograrlo, incapaz de tener el control sobre la música, sobre su vida, esclava de fuerzas que le sobrepasaban y le volvían desgraciada, aplastada por una carga demasiado pesada sobre sus hombros de muchacha de solamente catorce años. Y sin embargo la paradoja era que tenía todo para ella; bella, grande, fina, brillante, bendecida por una sensibilidad artística extraordinaria, una virtuosa excepcional, cuando os cruzaba con sus grandes ojos azules podíamos sólo ser hipnotizados por la intensidad, la electricidad de su mirada. Todo en ella respiraba la pasión, expresaba una vida interior hirviente y pedía sólo una chispa para inflamar las emociones a su alrededor. Su locura era genio, su pasión era frustración, lo absoluto era sufrimiento, la totalidad era un ser único, hirviendo de vida pero asfixiado por sus demonios interiores.

Pasó tiempo ordenando todo, luego volvió por fin al piano. Estaba agotada.

La noche había caído y por la pequeña ventana percibíamos los árboles sobre la colina que levantaban sus siluetas negras y sus brazos largos y ganchudos bajo la luna. Cuando entraba en la música y cuando se dejaba llevar por ella, era un alivio inmenso, como el de entrar en un baño caliente y relajante. Cerraba los ojos y poco a poco sus dedos parecían tocar todos los instrumentos de la orquesta; los contrabajos, doblados por los bajones, los violoncelos, y las violas, apoyadas a veces por la armonía de los bosques y de las trompas, eran su mano izquierda.

Su mano derecha era por turno los violines, las flautas que daban vueltas, entrecortadas por arpas que corrían de un extremo al otro del teclado. Luego, sus brazos se levantaban, y caían de toda su fuerza; era el turno de los timbales, de los trombones, de la tuba y de

las trompetas de reforzar este momento de potencia y de traer esta brillantez metálica punteada de címbalos explosivos ... Era una embriaguez de colores y de sonidos, como un trance hipnótico en la cual había que abandonarse, dejarse llevar. Helena se sentía aspirada como por una caída en el vacío, dejándose flotar estrellándose en el aire. Con los ojos cerrados fue atrapada por un remolino del espacio y del tiempo, donde se mezclaban ahora voces, gritos, un cielo morado sombrío y el sonido de una orquesta cada vez más fuerte. Le parecía ahora que la misma naturaleza de su teclado había cambiado. Los instrumentos no venían más de ella sino de su alrededor. Al fin de una frase musical abrió de repente los ojos. Estaba en una sala inmensa, una catedral gótica. Detrás de ella jugaba una gran orquesta sinfónica, y delante de ella había solo un piano sino un órgano inmenso de iglesia cuyos tubos ascendían hacia la bóveda superior a más de diez metros de altura.

